

## CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



## PRECIOS.

En Madrid, un mes.....	8 rs.
Un mes.....	9
Trimestre...	27
Semestre...	52
Un año.....	100
Ultramar y extranjero.....	8 ps. fs.

# LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

## SUMARIO.

Estudios históricos: La Peña de Mártos.—A una rosa blanca (poesía).—Historia natural: El hombre comparado con el animal.—María al pie de la Cruz (poesía).—Las madres.—La Cruz de los dos amantes: cuento tradicional, por D. Manuel Ibo Alfaro.—Liceo Piquer.—Esplicacion del figurin.—Esplicacion del pliego de dibujos.

## ESTUDIOS HISTÓRICOS.

## LA PEÑA DE MÁRTOS.

## I.

Las coronas de Leon y de Castilla se habian fundido para siempre en una sola, ornando la augusta cabeza de Fernando III.

Córdoba, la Sultana favorita de los Califas, habia doblado armada la rodilla ante la presencia del Rey Santo, que hizo en ella su triunfal entrada el 29 de junio de 1236.

Á la voz del Mueden, que llamaba á los creyentes á la oracion desde los altos alminares de las alja-

mas, habia sucedido la del sacerdote cristiano; que elevaba sus preces entre las espirales del incienso en accion de gracias al verdadero Dios.

La gran mezquita, aquel suntuoso templo alzado por los Reyes Omeyas en competencia con el de Damasco, donde se amontonaron los mármoles y los jaspes, las maderas mas ricas y los metales mas preciosos, fue tambien convertido en iglesia cristiana.

Y las campanas del templo compostelano, que servian de lámparas traídas allí dos siglos y medio antes en hombros de cautivos cristianos de orden de Almanzor, fueron restituidas al templo del Santo Apóstol por el Rey católico en hombros de cautivos musulmanes.

Al rendirse Córdoba, otras muchas ciudades de Andalucía cayeron tambien bajo el poder del castellano, quien, despues de dejar por gobernadores á Alfonso Tellez de Meneses y al conde Albar Perez de Castro, se volvió á Toledo á ocuparse en los negocios interiores del reino.

Esta era, pues, la situacion política de los dominios de D. Fernando en la época en que tuvo lugar la dramática defensa de la Peña de Mártos que vamos á referir.



## II.

La multitud de cristianos que acudieron á repoblar á Córdoba, atraídos, tanto por lo bondadoso del clima, cuanto por las franquicias y fueros que el Rey Santo les concedía, fue tan inmensa, que hasta faltaron casas en que habitar.

Esto, unido al abandono en que estuvieron los campos durante la guerra, produjo una escasez tal de subsistencias, que el hambre se dejó sentir de una manera terrible.

En aquella situación, el conde Albar Perez, á quien dejó el Rey, como ya dijimos, encargado del gobierno de Córdoba, acudió á la corte con objeto de allegar los necesarios recursos para combatir la crisis.

Al partir con este motivo para Castilla, dejó á su esposa la condesa con solo cuarenta caballeros en el castillo de Mártos, fortaleza que por la posición topográfica que ocupa es, á no dudarlo, la mas importante de las de Andalucía, nombrando por alcaide á su sobrino D. Tello, caballero de gran valor, pero arrebatado é inesperto como buen jóven.

La impaciencia, el deseo de adquirir preza y renombre, hicieron á este un día abandonar la fortaleza y salir con sus caballeros á hacer una algarada en tierra de moros, cuya imprudente medida, llegando á conocimiento de Alhamar, Rey árabe de Arjona, le proporcionó la ocasión de acercarse de improviso, á favor de la sombra de la noche, al castillo, y cercarle con buen golpe de gente.

## III.

El alba lució, y la condesa y su servidumbre, únicas personas que se encontraban en Mártos, vieron con singular sobresalto aquel inmenso cordon de guerreros árabes que, cual una serpiente de acero, enroscaba sus anillos en derredor de la fortaleza.

—¡Perdidas somos, señora! exclamaron ante aquella desgracia las damas de la condesa, sin poder dominar su espanto.

Esos infieles correrán al asalto seguros de no hallar quien los contenga, y dentro de poco nos veremos reducidas á la triste condicion de esclavas.

—No será mientras yo aliente, contestó con una energía varonil la noble esposa de Albar Perez; los

grandes corazones no dan nunca entrada al temor si no hay caballeros que defiendan el castillo, le defenderemos nosotras.

Y sin perder tiempo la altiva señora, imitando un ardid que empleara en otra ocasión el príncipe Teodomiro en Orihuela con el árabe Abdelaziz, hizo trocar á todas las damas la toca por los arneses de combate, y se dejó ver en el muro desafiando el furor del enemigo, en tanto que un paje, disfrazado de agareno, corria á informar á D. Tello de la gustiosa posición en que quedaba su señora.

Alhamar, engañado ante aquel alarde guerrero, contuvo su ímpetu á fuer de prudente y diestro en las cosas de la guerra, y empezó á tomar las precauciones necesarias para asaltar una tan fuerte y tan bien guarnecida posición.

En tanto D. Tello, que recibió el aviso, llegó con los suyos á la vista de Mártos.

Pero eran solo cuarenta caballeros y la hueste árabe tan superior en número, que la duda y la vacilación se apoderó en tales términos de todos los corazones, que hubieran indudablemente retrocedido si el valeroso Vargas Machuca no les alentara hablandoles de esta manera:

«Ea, caballeros; hagámonos un tropel y metámonos por medio de estos moros y probemos si podemos pasar por ellos, que alguno de nosotros logrará pasar de la otra parte, y los que muriesen salvarán sus ánimas y harán lo que todo buen caballero debe hacer.

«Yo, de mi parte, antes querría morir hoy á manos de estos moros haciendo mi posibilidad, que no que se pierda mi señora la condesa y la Peña; y cuando yo pareceré con esta vergüenza ante el Rey y ante D. Albar Perez mi señor.

«É yo determino de meterme entre estos moros á hacer lo que bastasen mis fuerzas hasta que almuera, y pues todos sois caballeros hijosdalgo, hacédes lo que debeis, que no teneis de vivir en este mundo para siempre, que de morir tenemos.»

Las frases del esforzado Vargas inflaman de tal manera los corazones, que todos, llenos de brío y abnegación, cerraron con la morisma con tal denuevo y con tan desusado empuje, que rompiendo lanzadas las filas enemigas, lograron guarecerse denuevo.



tro de los muros del castillo con gran contento de la condesa y mayor asombro de Alhamar, que desconociendo ya de poder rendir la Peña con aquel nuevo refuerzo, alzó el cerco, desistiendo de su propósito.

Así fue cómo la energía y entereza de la noble esposa de Albar Perez impidió que la Peña de Mártos, llave, puede decirse, de las Andalucías, cayese entonces en poder de los hijos del Profeta.

JULIAN CASTELLANOS.

## A UNA ROSA BLANCA.

Tú, que abristes al murmullo  
de la fuente cristalina,  
tú que, mostrando tu orgullo,  
alzas tu frente divina

rompiendo el lindo capullo,

Tú que vertiendo tu esencia

tan pura cual la mujer,

que te cortó en su inclemencia,

vienes hoy á su poder

prendada de tu inocencia,

¡Pretendes tú, pobre flor,

que en mis locuras consuma

la muerte de tu candor?

¡ay! que no envuelva el dolor

los restos de tu perfume.

La mujer que te arrancó

del tallo que te mecía,

quizás la envidia sintió,

pero al cortarte olvidó

que ella cual tú vive un día.

Vuelve otra vez hacia ella,

y acaso encuentres la calma

que lloras en tu querella,

pues es la gloria del alma

el suspirar de una bella.

Si blanca, pura, inocente,

pintamos á la paloma,

de amor imagen riente,

¡qué he de decir de tu frente

que baña un cáliz de aroma!

Á su pecho virginal  
vuelve otra vez, pura rosa,

y su frente angelical  
cubra la sombra glacial  
de tu palidez hermosa.

Mas ¡ay! es tarde, entre el cieno  
perdiste ya tu pureza;  
vuelve de tu dueño al seno,  
y dile que tu belleza

mató de un alma el veneno.

Ella cual tú, blanca y pura,  
busque de amor la diadema,  
en almas de mas ventura;  
no llegue á la llama impura  
que cuanto tóca lo quema.

Pero si loca no advierte  
que mata su pensamiento  
si en mi corazón lo vierte,  
le dices ¡ay! que mi aliento  
lleva en sus alas la muerte.

Que si el llanto no limita,  
hijo infeliz del pesar  
que tras el gozo se agita,  
puede tu frente mirar  
ajada, seca, marchita.

Vuelve, y dile á esa mujer  
que con negra ingratitud  
te ha mandado á mi poder,  
que no desprecie su ayer  
si ha de vivir su virtud.

A. ALCALDE VALLADARES.

## HISTORIA NATURAL.

### EL HOMBRE COMPARADO CON EL ANIMAL.

El hombre mas estúpido basta para dirigir al mas diestro de los animales; le manda y le hace servir para su uso, no por la superioridad de su fuerza, sino por la inteligencia de su naturaleza, porque tiene un proyecto razonado, un orden en sus acciones y un sistema en los medios por los que obliga al animal á obedecer. Así, no vemos que los animales mas fuertes, mas astutos, manden á los otros haciéndose servir de ellos; esto seria efecto de la inteligencia: lo



que sí vemos diariamente es que el mas fuerte devora al mas débil, accion que no supone otra cosa mas que una necesidad, un apetito, cualidad por cierto muy diferente de la que produce una serie de acciones dirigidas á un mismo objeto. Si los animales estuvieran dotados de esta facultad, ¿no veríamos á algunos de ellos mandar sobre los otros y obligarlos á proporcionarles el alimento, á cuidarles y aliviarles en sus dolencias y enfermedades?

No hay en todo el reino animal señal alguna de esta subordinacion, ni la mas remota apariencia de que alguno de ellos conozca y ejerza la superioridad de su naturaleza sobre los demas. De aquí se deduce una consecuencia necesariamente, á saber, que todos los animales son de igual é idéntica naturaleza, y que la del hombre no solo es superior á la de estos, sino enteramente diversa.

El hombre por signos externos manifiesta lo que pasa en su interior, comunica su pensamiento por medio de la palabra, signo comun á toda la especie humana. El hombre salvaje habla, el hombre civilizado habla, y ambos usan de los sonidos que articulan su lengua y constituyen las palabras para darse á entender. Ningun animal usa de la palabra, este signo por el que se revela el pensamiento, y no es como creen algunos por efecto de la configuracion de sus órganos. No. La lengua del mono aparece, despues de un exámen anatómico, tan perfecta, tan bien configurada como la del hombre, y, sin embargo, los monos no hablan. Y ¿por qué? Porque la palabra proviene del pensamiento. Si los monos pensasen, hablarían nuestro lenguaje; y si suponemos que son capaces de pensar, aunque en un órden mas inferior que el hombre, hablarían con los otros monos; pero nunca se les ha visto, jamás se les ha oido hablar, discurrir juntos, porque para esto se necesitaria un órden, una serie de pensamientos á su modo, pero semejante á los nuestros. Nada pasa, pues, en el interior de los animales seguido y ordenado, pues nada espresan por signos combinados y arreglados.

No tienen ni aun en el mas mínimo grado la facultad de pensar.

La prueba de que el no hablar los animales no consiste en la configuracion de sus órganos, es que se conocen muchas especies en las que se les ha ense-

ñado á pronunciar palabras; mas aun: á repetir largas frases, pero jamás se ha conseguido hacerles entender lo que significaban estas palabras; las repiten, las articulan solo como un eco artificial podria repetir las y articularlas. No es, pues, la potencia mecánica ó los órganos materiales los que hacen falta á los animales para hablar, sino la potencia intelectual, la facultad de pensar.

Una lengua, un idioma, aun el menos perfecto, supone una serie de pensamientos. Como los animales no piensan, por eso carecen de lenguaje. Aun cuando queramos suponer en el hombre comun con los animales las sensaciones mas groseras y maquinales, es cierto que son incapaces de la asociacion de ideas, que es lo que únicamente puede producir la reflexion, en lo que consiste la esencia del pensamiento. Como los animales no pueden reunir ni combinar una sola idea, no piensan, y como no piensan, no hablan, y por esta razon no inventan ni perfeccionan nada.

Si aun en el grado mas ínfimo é imperceptible fuesen capaces de reflexion, serian capaces de progreso, adquiririan perfeccion en su industria. Las golondrinas construyen hoy sus nidos del mismo modo que los construian hace dos mil años. Los castores edifican con la misma solidez sus habitaciones á la márgen de los rios, como las edificaban los primeros castores. Las abejas perfeccionarian en sus colmenas sus admirables celdillas diariamente, á no ser que supongamos que ya no son susceptibles estas obras de mayor perfeccion. Esto equivaldria á conceder á este insecto mayor talento que al hombre, concediéndole una inteligencia superior y capaz de percibir de un solo golpe el último punto de perfeccion á que puede elevar su obra, ínterin el hombre jamás ve á primera vista este punto, al que solo llega despues de muchos años de reflexion, trabajo y esperiencia. La historia de las artes y de las ciencias comprueban esta verdad. Ninguna nació de repente, todas tuvieron su infancia, todas progresan diariamente, todas están aun muy distantes de su final perfeccion.

¿De qué provendrá esta uniformidad en las obras de los animales? ¿Por qué cada especie hace las cosas siempre lo mismo que los que le precedieron? ¿Por qué cada individuo no hace mas que otro? Porque



sus operaciones son resultados mecánicos y puramente materiales. Porque si tuvieran la mas ligera chispa de la luz que nos ilumina, ya que no perfeccion, encontraríamos variedad en sus obras: cada individuo de la misma especie obraria, aunque fuese con alguna ligera diferencia, de un modo distinto de los demas, y no trabajarían todos sobre un mismo modelo, ni el orden y método de sus acciones marcaría el de la especie entera. Si se quiere conceder un alma á los animales, esta no pertenecería al individuo, sino á la especie entera, y participando entonces cada individuo por igual de esta alma, sería necesariamente divisible, y, por consiguiente, de una naturaleza material y diversa de la nuestra.

Examinemos por la inversa, ¿por qué hay tanta variedad y son tan diversas las obras de los hombres? ¿Por qué al hombre le cuesta mas la imitacion servil que la creacion? Porque su alma, independiente absolutamente de la de otro, no tiene nada de comun con su especie, sino la materia del cuerpo, y por esto solo nos asimilamos á los animales en las operaciones materiales.

Si las sensaciones interiores perteneciesen á la materia y dependiesen de los órganos corporales, ¿no veríamos entre los animales de una misma especie como entre los hombres una marcada diferencia en sus obras? Los que estuvieran mejor organizados, ¿no harían con mas exactitud, mas solidez, elegancia y perfeccion sus nidos y madrigueras? Si alguno escediese á los demas en su organizacion, ¿no lo manifestaría en esto? Jamás ha sucedido esto ni sucederá, y prueba que la perfeccion de los órganos corporales no influye en nada sobre la naturaleza de las sensaciones internas, debiendo concluir manifestando como una verdad incontestable que los animales no tienen sensaciones internas, que estas no pueden pertenecer á la materia ni depender por su naturaleza de los órganos corporales. Por consecuencia, hay en el hombre una sustancia que no tienen los animales, diferente de la materia, que es el objeto y causa que produce las sensaciones. El alma.

M.

## MARIA AL PIE DE LA CRUZ.

Triste, llorosa y el color perdido,  
partido el corazon de sentimiento,  
el cáliz apurando del tormento  
y exhalando del pecho hondo gemido,  
la madre del sin mancha concebido  
contempla el árbol de la cruz sangriento  
donde está su delicia y su contento  
con infame fiera suspenso.

—¡Luz de mis ojos! ¡Centro de mi alma!  
clama transida de pesar María.

—Tú del martirio llevarás la palma,  
Jesus le dice; sufre, madre mia.

—Ten en cuenta, Señor, mi afan prolijo.

—Mujer, te lego á Juan: *hé ahí á tu hijo.*

ANA, MARÍA FRANCO.

Almería, marzo de 1863.

## LAS MADRES.

Hace días que bulle en mi cerebro la idea de escribir algo de las madres; y si no he realizado antes este pensamiento, si hasta ahora no he puesto en práctica lo que desde hace tiempo considero como la mas sagrada de mis deudas, consiste en que, mientras mas despacio pienso el asunto en el cual pretendo internarme, mas abultado é inaccesible se presenta á mi inteligencia.

Saltando hoy por encima de estas preocupaciones, pienso trazar algunos rasgos que, ya que sean pálidos para bosquejar lo que son las madres, sirvan á lo menos de justo tributo á las que tanto debemos desde el momento que estamparon sobre nuestras mejillas el primer beso de amor.

¡Las madres! Detengámonos un momento antes de acercarnos á este precioso arcano; detengámonos en favor de una idea que no quiero que pase desapercibida.

Siempre que mis labios pronuncian la palabra *madre*, no puedo menos de admirarme de que en tan corto espacio quepa una idea tan grande y tan hermosa. Luego que recapacito un poco, surgen en mi



entendimiento otras reflexiones, que dan por resultado la siguiente proposición:

—Me parece que la ciencia se complace encerrando en las palabras mas sencillas los conceptos mas altos y elevados.

Efectivamente; en prueba de ello basta que recordemos que la palabra con que se representa en nuestro idioma la idea mas grande que puede concebir el entendimiento humano, idea que espresa todo lo infinito, se halla encerrada en el limitado espacio que ocupan cuatro letras.

Si de esta idea descendemos á la que es objeto de este artículo, idea la mas tierna que puede ofrecerse á nuestro corazon, observaremos de la misma manera que se halla contenida en el estrecho espacio de dos sílabas.

Estas dos sílabas que continuamente pronunciamos tienen un valor inmenso que casi siempre desconocemos, pues si no fuese así, otra cosa seria de las madres y de nosotros mismos.

Pero dejemos estas consideraciones y volvamos al principal objeto de nuestra tarea, que son las madres.

¿Qué os podré decir de ellas? Poco, muy poco. Si mi palabra fuese tan fácil y espresiva como dulce y cariñoso es el corazon de una madre; si mi inteligencia fuese tan clara y vigorosa como puro y grande es el cariño que ellas profesan á sus hijos, entonces sí podría deciros mucho; pero ninguna de estas circunstancias reuno, y por lo mismo fuerza es que, tanto el lector como yo, nos conformemos con lo que salga.

Ademas, ¿quién hay que pueda decir lo que es una madre?

Muchas veces lo sentimos, pero nunca podemos espresarlo.

Si quereis saber algo de lo que es una madre, preguntádselo á un niño que la haya perdido, porque él con su triste pero elocuente silencio os dirá mas que todos los sabios juntos.

Hay ideas que no pueden definirse; para una madre no cabe definicion. Solo puede comprenderse lo mucho que vale observando las lágrimas que derrama el pequeñuelo que ha perdido la esperanza de abrazarla.

No vayais nunca á preguntar lo que es una madre

á quien tiene la dicha de contemplarla y dormirse en su regazo: este no sabrá decirlo, porque mientras poseemos un objeto nunca comprendemos lo que vale.

No se sabe lo que es una madre hasta que se ha perdido. Hé aquí un martirio horrendo: cuando nos es imposible recuperarla, es sin duda cuando la amamos mas, porque es cuando la hacemos mayor justicia.

Recuerdo que he dicho antes que la idea de la madre no puede definirse; y mientras mas sondeo el abismo que entraña dicha idea, mas me afirmo en ello.

Madres, dicen la mayor parte de los Diccionarios, son las hembras que tienen ó han tenido hijos. ¿Y quién sabe lo que es tener hijos? Solo las madres pueden saberlo; luego solo ellas pudieran darnos una definicion exacta.

Pero esto no lo espereis nunca, porque si vais á preguntar á una mujer que tenga hijos qué es una madre, le oíreis decir con una exaltacion que casi raya en lo divino:

—¡Madre es un ser que no se cansa de amar!

Así á lo menos se lo he oido decir á muchas mujeres, y confieso que no he podido menos de sorprenderme al contemplar la espresion que al decirlo daban á sus semblantes.

Pero esto no basta: es preciso que sepamos hasta dónde alcanza este amor, lo cual considero difícil, porque ni las madres mismas lo saben. Para ellas, como para nosotros, su amor es una línea inconmensurable que nunca se acaba de apreciar.

Sin embargo, apuremos cuantos medios estén á nuestro alcance, á ver si al fin logramos aclarar este punto.

Por medio de la comparacion apreciamos muchas veces el valor ó las propiedades que nos son desconocidas en algun objeto. Hagamos aplicacion de esta regla al caso presente, comparando el amor materno con las otras clases que nos son conocidas.

La esperiencia nos ha enseñado lo que es el amor de un amigo, de un hermano, de una esposa y de un padre.

Basta que se interpongan entre dos amigos los mas ligeros intereses para que la amistad se inter-



rumpa, si no es que se convierte en odio: una larga separacion hace muchas veces que se entibie.

La causa mas sencilla es bastante para hacer que se pierdan el cariño dos hermanos: una herencia los suele convertir en mortales enemigos.

Una sospecha, acaso infundada, nos hace perder el cariño á la mujer que mas queremos: es regla general que el amor de los casados se va apagando con el tiempo, lo cual tiene su explicacion, aunque no sea del agrado ni del hombre ni de la mujer.

Los hijos olvidan muchas veces á sus padres, sobre todo cuando ellos llevan tambien este último nombre; esto no solo es natural, sino necesario.

Hay padres que en hablándoles de honor, de patria y de otras cosas por el estilo, son capaces de sacrificar á sus hijos: ábranse las páginas de la historia, y se hallará mas de un ejemplo de padres que, á pesar de lo mucho que han amado á sus hijos, no dejaron por eso de inmolarlos en aras del honor ó de la patria.

Pues volvamos ahora la vista á las madres.

Para ellas no hay intereses, herencias, sospechas, distancias, honor, patria, nada en donde no están sus hijos: en el amor de estos, están reasumidos para ellas todos los intereses.

Una madre no halla nada aquí en la tierra que esté mas alto que sus hijos, ni comprende un amor que consiente en sacrificarlos; lo que nosotros pudiéramos llamar virtud, heroismo, ella llama barbaridad. No le pidais ningun sacrificio que cause el mas leve daño á su hijo, porque no os lo concederán. Pedidles, si quereis, la vida, y con tal que no lleveis á sus hijos, os la darán gustosas.

Nada importa que un hijo las olvide y las abandone; su amor siempre es el mismo cuando no se acrecienta, como si estuviese hecho para toda clase de sacrificios; y es que este amor tiene mucho de grande y algo de sobrenatural.

En este instante me parece ver alguno de los lectores que saliéndome al encuentro me dice: ¡Pues y las madres que se han olvidado y hasta han sacrificado á los hijos en aras de sus intereses ó de sus caprichos? ¡No encierra la historia mil ejemplos de esta naturaleza?

Perdóneme el que así haya discurrido; pero la

mujer que de esta manera hubiese obrado, no merece el sagrado nombre de madre: en el momento que comete una accion de esta clase, deja de serlo, porque el sentimiento de la maternidad se ha borrado de su alma para dar paso á otros, generalmente ilegítimos, y que, por muy elevados que sean, nunca pueden compararse con el primero.

Podrá haber mujeres de esta naturaleza, no lo niego; pero esto no puede ser otra cosa que una escepcion, y las escepciones nunca constituyen regla.

¡Las madres! ¡Observadlas despacio y vereis que hasta en su amor son delicadas! Prefieren muchas veces al hijo que mas le ha hecho sufrir, y siempre, por no sé que secreto resorte de bondad y de ternura, aman con mayor vehemencia al mas pequeñuelo, al mas débil, al mas enfermo, al mas desgraciado.

¡No os parece que esto, como antes he dicho, tiene algo de sobrenatural? ¡Hay algo que pueda compararse á un amor de esta clase, que consiente, y aun desea, todo género de sacrificios y de penalidades antes que faltar al objeto querido?

¡Hay algo mas hermoso para un hijo que el amor de su madre? Siempre que lo busca lo encuentra, y si por una causa estraña lo halla alguna vez alterado, pronto, muy pronto lo verá calmarse, para deshacerse despues en lágrimas y caricias.

El amor, se viene repitiendo diariamente, es el cielo: pues si hay algun amor al cual convenga con mas propiedad la definicion de Victor Hugo, es sin duda el de la madre.

Tales son las madres. No vayais á buscar en nadie ni mas amor ni mas ternura, porque de seguro que no encontrareis quien posea en tan alto grado estas cualidades.

El corazon de una madre es un poema de sentimiento, poema hermosísimo que se viene reproduciendo desde Eva hasta nosotros, y en el que solo las mujeres que tienen hijos pueden escribir.

En este poema debiéramos estar leyendo siempre: cuando nos alejamos de él, nos vamos separando de lo que mas nos quiere, quizás para ir á echarnos en brazos de quien pretende engañarnos.

Los hijos que olvidan á sus madres no saben lo que hacen. Nunca, nunca debemos olvidarlas, por-



que con ello no hacemos mas que sacrificarlas cuando á todas horas se están desvelando por nosotros: no las olvidemos, porque el amor que ellas alimentan en su pecho es un destello del cielo.

P. DE ALCÁNTARA GARCÍA.

## LA CRUZ DE LOS DOS AMANTES.

CUENTO TRADICIONAL POR

D. MANUEL IBO ALFARO.

**Dedicado á su querido primo D. Baldomero Gonzalez del Campillo.**

Hermosas lectoras, no en todas partes se disfruta esa vida de pompa y boato que forma las delicias de vuestra alma pura.

No son los pabellones, las lámparas, los fanales, las alfombras y los maceteros los únicos objetos que encantar pueden un corazón sensible.

Hay tambien sobre la tierra imponentes desiertos; hay tambien sombríos valles, elevadas montañas; hay humildes aldeas; hay misteriosos bosques... y el infeliz plebeyo que habita en una choza, y el salvaje que vibra su saeta entre el crujir de las palmeras, y la encantadora zagala que hollando con su lindo pie las margaritas de la pradera abandona su rebaño á apacentar en las orillas del cristalino arroyo, tambien sienten las delicias y las amarguras del amor, del mismo modo que vosotras las sentís, porque las pasiones no necesitan para germinar otro campo que el corazón del hombre, y, donde quiera que exista el hombre, allí están las pasiones hirviendo en su corazón.

Yo que, amante del tiempo que pasó, siempre he andado en busca de misteriosas ruinas; yo que, apasionado de la soledad, siempre he vagado como los hijos del Cedar, por bosques, por montañas y por valles; yo he visto cuán bello, cuán dulce y cuán sencillo se despliega el amor en esas humildes aldeas y en esos pintorescos valles que vosotras, hermosísimas lectoras, estais quizá bien distantes de haber pisado aun.

Yo he visto el enamorado zagal abandonar sus cabras al acaso en una mañana del placentero mayo, para encaramarse aéreo sobre la cumbre de elevada

sierra, y trasmitiendo al labio los tiernos sentimientos de su corazón, llenar los aires con los ecos melodiosos de su zampoña.

Yo he visto tambien á la zagala que, sentada en alfombra de lirios y violetas, contemplaba sus gracias en las nítidas aguas de cristalina fuente, estremecerse al absorber el encantado silfo de aquella zampoña; levantar al cielo sus ojos apasionados y correr por sus mejillas una lágrima clara semejante á las gotas de rocío desprendidas del velo matinal en las primeras auroras del verano.

Yo he presenciado con envidia estas escenas de amor cándido é inocente; y mientras las presenciaba he oído cantar al alcaravan, trinar la golondrina; he visto correr el ciervo, y he escuchado el tremendo mugir del jabalí.

Pero, lectoras, ¿hay acaso algun pueblo sin tradición? ¿Ha existido por ventura algun lugar en que el hombre que murió no haya legado al hombre que ha de venir un hecho mas ó menos importante, tal vez mas ó menos curioso, que á escitar valga todo su interés?...

Esas cuevas profundas que descubren los ojos del viajero en el seno de elevadas montañas; esas cruces carcomidas plantadas en los valles; esos arruinados castillos de aspecto melancólico y sublime, son la voz de una generación que pasó; son las severas páginas donde están escritas con invisible mano mil historias separadas de nuestra vista por el tupido velo de los tiempos.

¡Loor... mil veces loor á la santa lira de aquellos vates antiguos que, pisando las viles pasiones de su siglo, dedicaron el eco de sus cuerdas á cantar á las generaciones que los escuchaban las glorias de las generaciones que concluyeron ya!

La afición imperiosa que me ha dominado siempre hacia la soledad, me ha hecho por una consecuencia muy lógica aficionado á la caza; y la afición á la caza me ha proporcionado el placer de referirte hoy, querida lectora, la melancólica historia de LA CRUZ DE LOS DOS AMANTES, digna tradición por cierto de ser cantada en los sonoros versos del Dante ó de Racine; pero que yo voy á referirte en los mismos tér-



minos que la escuché de los rústicos labios de un aldeano.

Espiraba una tarde de junio, y despues de haber empleado el día mi compañero y yo en dar una batalla de liebres, nos dirigimos rendidos hácia Peroniel.

—¿Será oportuno que nos sentemos un momento antes de entrar en la aldea? dije á mi compañero.

—Nos sentaremos en la Cruz de los dos amantes, me respondió este.

—¿Qué nombre tan misterioso! exclamé yo.

—¿No sabe V. la historia de esa Cruz? me preguntó.

—No sé nada, le respondí.

—Pues vamos á sentarnos en sus gradas, repitió, y si á V. no le molesta mi pesada conversacion, le referiré á V. por via de pasatiempo esa historia.

—Lejos de molestarme, amigo mio, le respondí, tendré una grande complacencia en escucharla, porque á mí me seduce todo lo antiguo, en términos que para mi alma lo que existe no encierra mas halago que la terrible esperanza de que algun día dejará de existir.

Mi compañero me miró con cierto aire de sorpresa, y ambos nos dirigimos, avanzando en la marcha cuanto nuestra fatiga nos permitia, hácia la Cruz de los dos amantes.

Es Peroniel una aldea de cuarenta á cincuenta vecinos, que nace en el lomo de una suave colina, plantada en el corazon de las espesas sierras de Soria.

Rodean á la aldea por sus cuatro costados deliciosas praderas de blancas margaritas y encarnados ababoles, donde el anciano pastor ó la tierna zagala escuchan con placer el mugido de sus vacas, que entre la espesa yerba buscan la yerba mejor.

Nacen mas allá de estas praderas frondosos bosques de jóvenes robles; y el aldeano ve terminar su horizonte, que nunca osó traspasar, por un diáfano velo que en ondas azules recortan las festonadas copas de mil añosas encinas.

Peroniel, como todas las aldeas de la nacion española, conserva una fe sincera á su Dios, fe que espresa erigiendo ermitas por do quiera, y por do quier plantando misteriosas cruces; símbolo glorioso de un

sacrificio eterno, único consuelo de un corazon dolorido, esplendente faro que conduce al mortal á puerto de salvacion entre las borrascosas tempestades de la vida.

Peroniel tiene cuatro cruces en sus ejidos, velando á la tímida aldea de todo espíritu malo por sus cuatro vientos; pero la cruz mas importante para sus vecinos es la conocida con el nombre de LA CRUZ DE LOS DOS AMANTES.

Este dulce nombre es el primero que pulula en los balbucientes labios del niño de la aldea; este nombre es el que pronuncia con mas devocion la zagala; este nombre es el que el anciano murmura junto al fuego cuando quiere recordar los dias bellos de su perdida juventud.

Y, sin embargo, la Cruz de los dos amantes nada tiene de particular en su forma ni en su construccion: es de piedra labrada, y se levanta sobre tres gradas tambien de piedra, en medio de los prados mas inmediatos al pueblo.

Junto á la Cruz pasa hoy la carretera que conduce á Madrid, cuya carretera fue en otro tiempo camino de herradura, por el cual solo con mucha dificultad podia marchar un coche.

Pues bien, lectoras: me dirigia impaciente á la Cruz de los dos amantes, guiado por mi compañero; y á fuer de importuno os diré, por no callar nada, que mi compañero era un anciano de Peroniel, que contaria sobre cincuenta años: parecia grave, formal, muy juicioso, y, como todos sus paisanos, vestia calzon, chaleco y chaqueta sin cuello, todo de paño pardo; albarcas con polainas de baqueta, y una montera de piel de zorra, que servia de rústica diadema á su larga y venerable cabellera blanca.

Cuando ambos llegamos á la Cruz, nos limpiamos el sudor con el pañuelo, nos quitamos los morrales y polvorines, que colocamos á guisa de cazadores entre la baqueta y el cañon de las escopetas; dejamos estas en el suelo, y nos sentamos en la primera grada de la Cruz.

Los perros se tendieron fatigados á nuestros pies.

En aquel instante comenzaba el momento mas sublime del día: el sol ocultaba su disco en el horizonte de las añosas encinas, y al despedirse de los campos doraba con su melancólico rayo el campanario de la



aldea; los rebaños de ovejas y de cabras volvían baltando á sus establos; la golondrina piaba al rozar con su vuelo la yerba de los prados; la alondra trinaba remontándose á los aires; las chimeneas comenzaban á humear, el esquilon de la parroquia tocaba á oraciones; la naturaleza entera iba cediendo á su apacible sueño, y un cielo azul festoneado de espumosas nubes velaba aquel sueño.

—Esta es, señor, me dijo mi compañero, la Cruz de los dos amantes.

Yo la contemplé un instante absorto. El momento era el mejor para contemplar aquella Cruz. Sola, inmóvil y silenciosa, había atravesado los siglos... Algo grande habían hecho en ella los hombres que murieron, cuando tanto la veneraban los hombres que vivían.

—Esta es la Cruz de los dos amantes, repitió mi compañero; esta Cruz es el consuelo de la aldea. Nuestros abuelos nos decían que mientras esta Cruz se levante aquí, no asolará nuestros campos una mala nube, ni el rayo abrasará nuestras mieses, ni la peste dejará desiertas nuestras chozas. Por esto, señor, cuando el labrador sale por la mañana al cultivo de sus tierras, se santigua al pasar delante de esta Cruz; por eso el pastor, cuando por la tarde regresa á su majada, se quita reverente la montera y reza un Padrenuestro ante esta Cruz; por eso el zagal toca con su zampoña junto á estas gradas las cantinelas mas tiernas que le enseñaron sus padres; por eso la zagala recoge en la mañana las violetas y siempre vivas mas frescas del arroyo, y adorna con ellas este sagrado monumento. Nuestros antiguos nos decían que esta Cruz tan tosca que V. ve, encierra una virtud oculta que consigue del cielo cuanto el humilde pecador pida por ella con devoción. Lo cierto es, señor mío, que nunca dejó Dios sin consuelo á la viuda que vino á verter lágrimas en estas gradas; que nunca abandonó á la casada que la invocó en el terrible momento del parto, y en tiempo de sequía nunca ha regresado la rogativa de esta Cruz á la aldea sin que abundante lluvia fecundice los campos. Esta Cruz es, como ya dije á V., el consuelo, es el patrocinio de nuestra aldea.

—Y á qué atribuyen Vds. esa virtud? le pregunté yo.

—¡Ay señor! me contestó; eso se lo dirá á V. el cuento.

—Pues comience V., repliqué, porque ya siento vivos deseos de poseer la historia de esta Cruz.

—Voy á complacer á V., repuso mi compañero.

Y recogiendo el aliento, comenzó de este modo, en medio del apacible silencio y seductora calma que nos rodeaban:

—Allá... en tiempos muy remotos, en que, segun nos referían nuestros antepasados, gobernaba la España el Rey D. Felipe V, primero de los Borbones, habitaba una de las mejores casas de Peróniel un anciano hidalgo llamado D. Nuño el de las espuelas de oro. Y en verdad, señor mío, que la casa que ocupaba D. Nuño era digna morada de un hidalgo, porque se distinguía de todas las demas por su grande fachada, por sus erguidas ventanas, por sus rejas de hierro terminadas en lanzas de bronce, y sobre todo por el escudo de piedra con una espuela dorada en su centro, que había esculpido sobre la puerta principal.

Era D. Nuño un señor de cincuenta á sesenta años, en extremo honrado, religioso y caritativo: segun refiere el cuento, tenía una jaca andaluza, un par de galgas y una buena escopeta; lo cual nos hace creer que aquel señor era en extremo aficionado á la caza. Era además dueño de grandes haciendas, y una parte de las cosechas que se recogían en sus heredades, despues de pagar los diezmos y primicias á la Iglesia de Dios, la repartía entre los pobres, por cuyas buenas obras, segun refieren nuestros abuelos, jamás mala nube destruyó los campos del hidalgo de Peróniel: ni podía ser lo contrario, porque, además de todos estos actos de caridad que ejercía en la recolección de las cosechas, tenía dada orden á sus criados de que jamás despacharan sin limosna al pobre que se acercase á sus puertas; porque, *la limosna, repetía D. Nuño con frecuencia, es un capital que se pone á rédito en manos de los ángeles, el cual ha de producirnos ciento por uno en otro mundo mas perfecto que el que ahora habitamos.*

—Estas máximas de D. Nuño son muy buenas, pero le parece á V., señor mío? me preguntó mi compañero.

—Son el último grado de la perfección de nuestra alma, le respondí yo; son el verdadero fundamento



de la Religión de Cristo: la caridad es la virtud mas bella que adornar puede nuestro espíritu; es el aroma mas suave que puede perfumar nuestro corazón: el pobre no tiene derecho para robar al rico, es verdad, pero el rico tiene la obligación moral de darle al pobre, porque nadie tiene derecho á lo superfluo cuando otro carece de lo necesario. *La limosna que diereis á los pobres me la dareis á mí*; esto dijo el Hijo de Dios; el que dió los bienes á los ricos, la paciencia á los pobres; el que dió las diademas á los Reyes, al sol los resplandores; el que alumbró con estrellas el firmamento.

—Es verdad, contestó gravemente el aldeano: por eso D. Nuño vivía tan feliz, tan respetado de todo el pueblo y comarcas vecinas, y tan querido de su hijo, porque ha de saber V. que, por la época en que comienza esta historia, D. Nuño tenía un hijo de veinte años que se llamaba Arturo.

Arturo en nada desmentía la buena y santa educación que había recibido de sus padres; pero quisiera, señor, que V. hubiera oído de boca de nuestros ancianos la hermosa pintura que hacían de este joven.

Contaban, señor, que Arturo era ni mas ni menos que el gallardo fresno que crece robusto á la orilla de la fuente.

Decían que era alto, pero con cierta languidez; que su rostro era sumamente amable; que su mirada era expresiva, aunque dulce; que su negro bigote iba siempre retorcido en dos graciosas puntas, y su negra cabellera peinada en bucles.

En cuanto al traje, nada diré á V. yo, porque no recuerdo los nombres tan extraños de las piezas que lo componían, pero aseguraba mi abuelo que, con solo el oro con que iba bordado el de los días de fiesta, se podía comprar hoy, sin duda alguna, una buena manada de yeguas.

(Se continuará.)

### LICEO PIQUER.

Cada una de las funciones que se celebran en este afortunado coliseo es un nuevo triunfo para los se-

ñores de Piquer, para la sociedad que realiza un pensamiento tan laudable como digno de elogio, y para los socios que tan brillante papel desempeñan, contribuyendo con su elevada inteligencia al feliz éxito de cuantas piezas, ya sean dramáticas ó líricas, se ponen en escena.

Dos veces se ha cantado *La Favorita*, que ha obtenido una ovación magnífica en cada noche, y donde las bellísimas señoritas de Güell han ostentado en todo su esplendor sus grandes facultades artísticas, manifestándonos Carmeta, en el papel de protagonista, su excelente método de canto, su poderosa y agradable voz, su perfecta vocalización, y sobre todo ese sentimiento con que canta, esa pasión tan natural en ella con que sabe espresar todos los afectos, conmoviendo y arrebatando al espectador de una manera irresistible. Elisa, tan bella, tan dulce, tan simpática, con su mágico acento y la expresión encantadora y tierna de su canto y de sus maneras, hace que se la escuche con deliciosa emoción, consiguiendo arrancar unánimes y espontáneos aplausos.

El recuerdo del triunfo obtenido en *Favorita* no se borrará tan fácilmente de la memoria; ha sido demasiado legítimo para que pueda olvidarse.

Después de esta ópera se ha puesto en escena la preciosa comedia de D. Ventura de la Vega, *El Hombre de mundo*, desempeñando el papel de protagonista D. Ricardo Vega, hijo del ilustre autor de esta magnífica obra, que es una de las mejores de nuestro teatro moderno. Los que hayan visto trabajar á tan inteligente aficionado comprenderán que habrá sabido elevarse á una gran altura, y así ha sido efectivamente; el papel de D. Luis no hubiera podido encontrar mas digno intérprete. Una inteligencia poco común, unida á unas facultades extraordinarias para la escena, hacen que el Sr. Vega desempeñe su parte con brillantez.

La notable escritora señorita doña Joaquina García Balmaseda, preciosa joya, que es uno de los mas bellos ornamentos del liceo Piquer, desempeñó el papel de Clara de una manera superior á todo elogio. Su maestría, su talento, la delicadeza y dignidad con que sabe presentarse, la hacen aparecer en esta comedia como una actriz de primer orden. El Sr. Marquez estuvo acertadísimo en su papel de D. Juan,



nos representó al calavera con una verdad y una gracia inimitables, demostrándonos una vez mas sus grandes dotes para la escena, donde brilla y seduce por su elegancia y su esquisita cortesania.

¿Qué diremos de las señoritas de Lombía? ¡Ah! Es muy poco decir, y sin embargo es la verdad, que son dos hermosas perlas engarzadas á la corona de triunfos del afortunado liceo.

Las dos hermanas están inimitables, encantadoras, en sus respectivos papeles de Emilia y de Benita. Esta última caracteriza con suma perfeccion el tipo de la argandña, teniendo momentos de verdadera inspiracion. Tambien su hermana, apareciendo como una niña enamorada y tímida, nos deja conocer lo mucho que vale y lo mucho que podemos esperar de su infinita gracia y de su talento.

Los Sres. Malo y Caltañazor llenaron tan perfecto cuadro, siendo el primero en el papel de criado, y el segundo en el de amante, un digno complemento de esta acertada representacion, que ni en un teatro de primer orden hubiera podido salir tan igual y tan admirablemente interpretada.

El escogido auditorio que llenaba las localidades comprendió esta verdad y premió á los actores con multitud de *bravos*, haciéndolos salir á la escena seis ó siete veces, y arrojando á las lindas actrices infinidad de ramos de flores. Pequeña recompensa en proporcion á lo mucho que merecen; pero muy grande para quien, cual ellos, solo aspiran á la gloria del triunfo y al general aplauso que obtienen unánime y cumplido.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

#### ESPLICACION DEL FIGURIN NÚM. 1,094.

1.<sup>a</sup> figura. Traje de señora. Vestido de glase color de cuero con adornos de felpilla verde, que forma ondulaciones en la falda y se repite en las mangas, que son entreanchas, forma de codo. Cuerpo alto, liso, abrochado con botones de terciopelo verde. Cuello y mangas de encaje.

2.<sup>a</sup> figura. Traje de niña. Vestido de tafetan piqué, gris ceniza. En el bajo de la falda va colocado un ancho viés de glase azul, y encima un agreman azul de pasamaneria con cascabeles. Fígaro adornado

en el mismo género y chaleco de glase azul. Redecilla azul con rizado de cinta; cuello y mangas de encaje; botinas azules con punta de charol.

3.<sup>a</sup> figura. Es un niño de un año que tiene un traje de piqué blanco con sobrefalda bordada en el contorno; cuerpo con berta que acaba por delante en punta, y manga ancha ajustada en el puño.

#### ESPLICACION DEL PLIEGO DE DIBUJOS.

##### PRIMER LADO.

Números 1 y 2. Camiseta de señora: puede hacerse en batista, bordándola á plumetis, minuto y feston.

Números 3 y 4. Juego de cuello y puños: se borda á plumetis y minuto sobre tela doble.

Núm. 5. Entredos á punto ruso para diversas confecciones.

Núm. 6. Dibujo para una petaca, que puede hacerse sobre terciopelo verde con hilillo de oro.

Núm. 7. Punta de pañuelo para bordar á feston y ojetes dobles.

Núm. 8. Dibujo de *soustache* para diversas confecciones.

Números 9 y 10. Juego de cuello y puños: bórdate á punto ruso sobre tela doble.

Núm. 11. La mitad de un babero para niño: dibujo *soustache*, que puede hacerse cen trenchillas encarnadas sobre piqué blanco.

Núm. 12. Abecedario completo.

Núm. 13. Dibujo de *soustache* para varios usos.

Acompañan á este pliego varios nombres pedidos por las señoras suscriptoras.

##### SEGUNDO LADO.

Representa el patron para una zuava de señora: tiene aldetas detras que se recogen en dos pliegues, y queda semiceñida. Las letras indican la union de las piezas.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1884.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dubrull, calle del Pez, núm. 6, principal.